

Sobre la incuria de algunos editores

Escribe: NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA.

No hace muchos días visitamos de nuevo a don Luis Villagómez y lo encontramos ocupado en una de las más desusadas diversiones que hubiéramos podido imaginar en él. Consistía ella en descubrir y anotar los errores tipográficos, trastrueques y aún gravísimas omisiones que del texto del Quijote aparecían a porrillo en una muy nueva edición de buen parecer que él había adquirido hacia poco. Servíase para ello de muy bueno y fidelísimo patrón: la cuidada edición en cuatro tomos publicada por Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla (Madrid, Gráficas Reunidas S.A., años 1928, 1931, 1935 y 1941). Si le digo a usted en qué lugar del mundo se ha cometido tan descomunal agravio contra Cervantes —exclama don Luis— es muy probable que usted no me lo crea, por lo cual prefiero más bien mostrarle la portada de este volumen, para que se percate a vista de ojos la increíble ocurrencia. Al mirar la página correspondiente nos dimos cuenta de que se trataba de una impresión hecha en Barcelona por casa editorial en otros aspectos estupenda.

Será posible, nos dice don Luis, que en la mismísima España se tenga en esta época por el príncipe de los libros castellanos un tan gran desamor, reflejado en el descuido con que editores barceloneses han procedido a su impresión? No lo creeríamos, ciertamente, si no tuviéramos a mano el ejemplar que don Luis nos alcanza, en el cual podemos ver, señalados por el bibliófilo, los innumerables errores e imperdonable omisión de trozos enteros que al más novel corrector de pruebas no hubieran pasado inadvertidos. Y aún ahí es nada. Existe otra edición barcelonesa, en dos tomos, año 1963, copiosamente ilustrada, llena también de sobresalientes errores, donde hay unas *barbas* por bardas y un *embragó* por embrazó que es mejor no menea-

llo. Y como si esto no fuera ya algo, nos muestra don Luis en el primer tomo el siguiente fatal descarrilamiento: "...el que tenía Leonela de verse calificada no de con en sus amores". Duele en verdad comprobar este hecho inaudito y ver cómo han venido, a menos el respeto y veneración por los textos cervantinos, con los cuales dan la vuelta al mundo estos editores, a quienes parece preocupar más la rápida ganancia que su prestigio de oficianes en el noble ministerio de la impresión.

Lector suave llama al suyo don Miguel de Cervantes en el primer prólogo del Quijote. Pero no puede serlo tal sino colérico aquel que desde las primeras páginas encuentra que la prosa magnífica tiene rotas algunas vértebras, como en el trozo siguiente tomado justamente del Prólogo ya dicho, tal y conforme aparece en la edición corregida por don Luis: "En resolución, no hay más sino que estas historias que aquí he dicho y dejadme a mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto con tal de llenaros las márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro". Véase ahora el trozo legítimo, sin lo desbaratado de aquél: "En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra que aquí he dicho y dejadme a mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto a tal de llenaros las márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro". Y aún es más grave lo que sigue, porque en el capítulo primero, después de encontrar engastadas allí algunas preposiciones que no tiene el texto original, se lee de esta manera uno de los párrafos: "Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Don Quijote de la Mancha, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della". Las honradas ediciones traen dicho párrafo completo, el cual es como sigue: "Pero acordándose que el valeroso Amadís, no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse Don Quijote de la Mancha, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della".

Dicho más claramente, con ediciones como aquellas a poco andar el libro de don Quijote resultará convertido más bien en uno de los que compuso el intrincado Feliciano de Silva. Manes

de Rivadeneyra, el madrileño editor, a quien lo único que pudo reprocharse fue el haber utilizado en su colección de clásicos castellanos aquel su tipo de letra tan pequeño que servía más para ser ciego que para ser sabio, como dijo de él donosamente el señor Caro. Muchas, veces nos dice don Luis, en el transcurso de este trabajo de expurgar colosales errores tipográficos en las más recientes ediciones del Quijote, me ha ocurrido pensar si no habrá en las casas impresoras que las hacen, algún decidido propósito de echarlas a correr en lejanos países, aún después de advertidos tales errores, tal así como el que piensa que ellos habrán de pasar desapercibidos para su clientela. Si así ha sucedido, han errado sobre manera los descuidados editores modernos españoles con respecto a Colombia, donde el libro de Cervantes, al menos entre el grueso público, se lee más que en España, si nos atenemos a lo dicho por un librero su contemporáneo, radicado en Bogotá. Sírvanos este aserto para probar una verdad que algunos foráneos podrían desconocer con el expediente de que en Colombia no se ha editado el Quijote en la escala en que lo han hecho países como Méjico y la Argentina, por ejemplo. Con todo y lo inaplicable que él sería, podría ser que alguien esgrimiera este argumento y no nos serviría para controvertirlo el presentar la edición hecha en Medellín hace unos años, destinada a la juventud escolar de nuestra patria, circunstancia ésta que anuncia, por sí misma, las características de resumen que fue necesario adoptar en ella y proclama, de paso, que su intención no fue la de rebasar las fronteras colombianas.

Estamos de acuerdo con don Luis en que a estos tales impresores descuidados de que hablamos al comienzo de nuestra charla, debiera condenarlos como a herejes alguna autoridad competente, principalmente por no haber impedido que hasta el sagrado de sus prensas se introdujera, en obras tan especiales como "*El Quijote*", el malhadado sistema de las grandes y afanasas tiradas, que es como decir el de la novísima fabricación en serie, con todo y sus productos imperfectos. Libros que así se impriman no podrán ser un modelo de exactitud. Su comprador, nos dice don Luis, ni siquiera podrá tenerlos como curiosidades de museo, nombre éste con el cual fueron bautizados los libros que integran mi biblioteca, para significar con ello que no habían sido leídos y declarar de ese modo que no nos conocía quien les dio ese calificativo. Curiosidades de museo pueden ser

llamados los libros intocados de bibliotecas que tienen más de decorativas que de otra cosa y ese no es el caso de los que posee don Luis Villagómez, en prueba de lo cual y para no concretarnos ahora sino a los de Cervantes, vemos estos errados, aunque no erráticos ejemplares del Quijote, releídos por el bibliófilo con tanto cuidado para descubrir y anotar las fallas de orden tipográfico en ellos contenidas.

No. No podríamos disculpar los errores de una edición del Quijote que no solamente pone “venteriles rabones” donde debía decir *venteriles razones*, sino que además pone al manchego en contradicción consigo mismo, cuando después que el caballero es apaieado por unos desalmados yangüeses, lo obliga a consolarse de sus males de tan opuesto modo como en seguida se verá, cambiando *anejas* por *ajenas*: “...Y si no fuese porque imagino... qué digo imagino?, sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy ajenas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo”.

Más funestos son siempre los malos editores que los malos traductores, puesto que aquéllos yerran por imperdonable descuido y éstos últimos por equívocos las más de las veces de buena fe. Y es curioso, por decir lo menos, que el evidente progreso de las artes gráficas hoy en día no corra parejo en algunas casas impresoras con el cuidado debido a la fidelidad de los textos, cuando son tantos los medios que tienen a su alcance para lograrlo. De donde sale una verdad entera y es la corrección y aún el primor de las viejas ediciones consagradas a los autores españoles de la edad de oro, en contraste con el descuido de las más modernas. Y ello no sólo en cuanto a las viejas ediciones hechas en España sino también a las francesas, por ejemplo, hecho en verdad sorprendente si se piensa que muchos de los operarios que levantaron en París el texto de las ediciones castellanas del Quijote, valga por caso, es bien probable que no supieran sino su propio idioma francés. Vea usted, nos dice don Luis, cómo se levantan para comprobar lo dicho, estos hermosos y fidelísimos ejemplares de ediciones hechas en París. Y tomamos en nuestras manos, con una veneración que el corazón, desde esta ciudad del águila negra y las granadas rojas transmite, silencioso, a los huesos de los tipógrafos franceses que los hicieron, el tomo de Baudry, y uno de la Imprenta de Durand y Perrin (1825) y otro de la Imprenta de Everat (1838), como pequeños cofres los dos últimos, con sus añejas tapas de cuero

verdadero y con todo el encanto de los viejos textos correctísimos, esencia suavísima que parece aromarnos el espíritu.

Muy bien podemos, pues, dar por sentado de todo lo anterior, que el buen vino es preciso beberlo en odres viejos. Y, como para remate de sus consideraciones de esta vez, nos alcanza don Luis un precioso tomito en rústica bellamente contenido entre dos tapas hechas como de pergamino, edición limitada a sólo doscientos cincuenta ejemplares en papel verjurado de hilo, que trata sobre las armas de don Quijote, apuntes reunidos por don Enrique de Leguina, Barón de la Vega de Hoz, de ochenta páginas, Madrid, 1908, con letras capitales de color ladrillo y unas viñetas hermosísimas. Al respaldo de la portada y entre un artístico marco de antañona factura, leemos: "El autor y el editor de este libro no se reservan el derecho de propiedad literaria ni artística; pero ruegan a quien quiera reproducirlo que lo haga primorosamente". Mensaje nobilísimo que ojalá fuera tenido en cuenta como dicho por el autor de cada obra excelsa que se imprimiera en adelante, a cuyas palabras finales vendría muy bien el agregar estas otras: y con exactitud.